

la vía con sus mismas vestiduras. ¡Grande y significativo triunfo, que hoy renovamos espiritualmente, reconociendo á Jesucristo por Rey y Soberano de todo nuestro ser! Queremos, y así lo protestamos en alta voz, que él sea el dueño de nuestras personas y de nuestras posesiones, que él impere, no sólo dentro de los templos, sino fuera de ellos, y en el hogar y en la ciudad, en los mercados y en los talleres, en las instituciones sociales y en las escuelas.

9. ¿Qué falta, pues, hermanos míos, para la pompa de esta ovación popular hecha á nuestro Señor Jesucristo? ¡Oh! y ¡cuánto debe alentarse el corazón católico este triunfo pacíficamente obtenido en el campo de las ideas religiosas, en el terreno de la religión y la moral cristiana! Mientras que en otros países, también católicos en su inmensa mayoría, la religión gime aprisionada y no puede desplegar al aire libre sus pomposas ceremonias, y Jesucristo vive allí como prisionero y mendigo, en vez de ser adorado como Señor y Monarca, aquí, gracias á la Providencia que ha distinguido con predilección á Colombia, un pueblo verdaderamente libre en la esfera de lo justo, sin presión sobre la conciencia ni mordaza en los labios, puede hacer noble y victoriosa ostentación de su fe y amor á Jesucristo, único verdadero Dios y Salvador del género humano, Rey inmortal de los siglos, por quien reinan los reyes y los legisladores decretan justas leyes. ¡Oh! y ¡de cuánto bienestar, privado y social, no debe ser fecunda fuente esta manifestación! Por ella los espíritus se inclinan suavemente á recibir el yugo de la ley de Cristo, dóciles á sus mandamientos que son carga leve y llevadera para quienes los aceptan con amor<sup>1</sup>; por ella se

<sup>1</sup> Mandata eius gravia non sunt (I Io. 5, 3).

disipan mil errores peligrosos y funestos, efecto de la ignorancia, de la preocupación y, más que todo, del indiferentismo religioso y del abandono de los deberes de piedad; por ella, en fin, las costumbres, públicas y privadas, no pueden menos de purificarse y reformarse, porque al lado de tan viva y entusiasta profesión de fe no es posible, sin una monstruosa inconsecuencia, el imperio de la corrupción y el escándalo.

10. Aquí tenéis, amados fieles, cómo triunfa Jesucristo en el augustísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, con más brillo y magnificencia que cuantos héroes y conquistadores se ha visto triunfar en el mundo, en los tiempos antiguos y modernos. En efecto, ¿á qué hombre, por grande que se suponga y lo sea en realidad, pueden decretarse honores semejantes á los que rendís al Hombre-Dios? ¿ante quién se dobla la rodilla en señal de adoración? *Sólo ante Aquél á cuyo nombre*, por ser igual al de Dios, *doblan la rodilla cuantos pueblan los cielos, la tierra y los abismos*<sup>1</sup>. ¿Ante quién otro se prosternan no sólo los cuerpos sino los corazones? ¿Á quién, sino al Salvador del mundo, real y verdaderamente presente en el Sacramento, se puede entonar el «Hosana en las alturas»? No, no son los héroes profanos, no los libertadores de grillos materiales, quienes pueden compartir con Jesucristo los honores del triunfo. ¿Sabéis quién únicamente tiene derecho á recibir singulares muestras de veneración y respeto? La Iglesia, ¡ah, sí!, la Iglesia, Esposa única y verdadera del Cordero sin mancha<sup>2</sup>; y esto precisamente por honor del mismo Jesucristo que, haciendo á su Iglesia depositaria de su cuerpo, la ha honrado altísimamente y más de cuanto puede ima-

<sup>1</sup> Phil. 2, 9. 10.

<sup>2</sup> Apoc. 21, 9.

ginarse ni decirse. Justo es, pues, venerar á la Iglesia santa, á la Iglesia que tiene el poder de consagrar, reservar y dar á sus hijos en alimento el cuerpo de Cristo; justo es honrarla y amarla como á Madre, acatar en todo caso sus preceptos, respetar profundamente á sus ministros, que son los ministros de la sagrada Eucaristía, á quienes no puede tocarse sin herir al mismo Cristo<sup>1</sup>.

## II.

11. Espléndido es el triunfo de Jesucristo en la sagrada Eucaristía; y no es menos magnífico por los favores y larguezas que, en retorno, dispensa el benigísimo Señor y riquísimo Dueño á los pueblos y á los individuos. ¿Quién alcanzará, no digo á enumerarlos todos, pero ni siquiera á dar de ellos una leve idea? Si la sagrada Mesa es un compendio y memorial de dones maravillosos, como prenda final del amor de Jesús á los suyos<sup>2</sup>, ¿cómo no obrará maravillas el Dios de nuestros altares dondequiera que pase, con tal que sea reconocido y adorado? ¿Qué otra cosa hace hoy Jesucristo recorriendo nuestras calles y plazas, sino renovar los prodigios que obraba por las calles y plazas de Judea y Galilea haciendo bien á todos, como dejó consignado un testigo de vista mayor de toda excepción<sup>3</sup>? *Pertransiit benefaciendo*. Pasó y caminó haciendo beneficios y sanando á todos los oprimidos del demonio, porque Dios estaba con él, no sólo por gracia, sino por unidad de persona, y el bien que hacía era

<sup>1</sup> Nolite tangere Christos meos (Ps. 104, 15).

<sup>2</sup> Cum dilexisset suos... (Io. 8, 1). Ps. 110, 1.

<sup>3</sup> San Pedro (Act. 10, 38).

de todo género; de suerte que, por dondequiera que iba, dejaba estampadas las huellas de su divinidad y omnipotencia, de su inmensa caridad y su misericordia<sup>1</sup>. *Recorría las ciudades y los lugares*, dice el evangelio<sup>2</sup>, *curando toda enfermedad y dolencia*. No sólo, sino que su corazón de padre y de pastor se derretía de compasión al ver aquellas turbas extraviadas y maltratadas como rebaños faltos de pastores. Y ¿podrá Jesucristo, al ver la muchedumbre que le cerca y le sigue, no compadecerse de las mil necesidades que la aquejan, y no socorrerlas generoso?

12. ¡Oh, y cuántas y cuán apremiantes son las necesidades que día por día nos acosan! Pues para todas ellas tiene Jesucristo remedio eficaz y gracia saludable. Él quiere y puede socorrernos, porque es tan bueno y tan omnipotente debajo de los velos del Sacramento, como cuando andaba por la tierra, y ahora que glorioso y lleno de claridad reina en el cielo. ¿Con qué objeto dispuso quedarse con nosotros, en forma de compañero y alimento, y no por breve tiempo, sino hasta la consumación de los siglos<sup>3</sup>, sino con el de ejercitar en bien del hombre aquellos admirables oficios que desempeñó durante su vida mortal, de pastor y maestro, protector y abogado, salvador y médico de las almas y de los cuerpos? Si, pues, se digna habitar con nosotros en el centro de nuestra población, pasear y recorrer nuestras humildes calles, él sabrá, como Maestro y Luz del mundo, iluminar nuestras almas, arrojando rayos de secretas y amorosas inspiraciones al corazón para disipar nuestras tinieblas; él, como Salvador amo-

<sup>1</sup> *La Puente*, Medit. V.

<sup>2</sup> Matth. 9, 35.

<sup>3</sup> Usque ad consummationem sæculi (Matth. 28, 29).

rosísimo, nos arrancará de la esclavitud y servidumbre afrentosa de los vicios, nos redimirá de la tiranía del demonio y del yugo intolerable de nuestras propias pasiones; él, en fin, como celestial Médico, nos dará la salud apetecida, aunque le sea preciso hacer milagros, que no le cuestan más de querer y mandar, nos dará la vida misma sacándonos de las fauces del sepulcro, pues con sólo mandar lo puede todo. ¡Quiera el misericordioso Señor dejar marcada su carrera con la huella indeleble de innumerables beneficios! Cuando Jesús, acompañado de sus discípulos y de una enorme muchedumbre, se acercaba á las puertas de la pequeña ciudad de Naím en Galilea, sucedió que llevaban á enterrar al hijo único de una pobre viuda...<sup>1</sup> Toda la ciudad seguía el fúnebre cortejo. Entonces, como hoy, todos se agrupaban alrededor de Jesús, todos ponían en él con avidez los ojos, todos se prometían de él las más estupendas maravillas. Jesucristo, palpitándole el corazón de ternura, dice á la desolada madre: *No llores*; y tomando de la mano al joven resucitado por su palabra, entrégaselo á la madre ya dichosa. El espanto de lo sobrenatural se apoderó de todos, mas luego recobrados y llenos de gozoso asombro diéronse á engrandecer á Dios diciendo: *El gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo*. Y esta voz cundió al instante por toda la comarca y llenó la región circunvecina. Y esta voz, hermanos míos, ha llenado el universo y obligado al mundo á reconocer en Jesucristo al Hijo de Dios venido á la tierra para redimir al hombre. Y Jesucristo vive en medio de nosotros y obra también, como y cuando le place, mila-

<sup>1</sup> Luc. 7, 11 sqq.

gros, ya en el orden visible, ya en el invisible. ¡Dígnese el día de hoy hacer ostentación de su misericordia, con el remedio de nuestras muchas y lastimosas miserias, á fin de que sea engrandecido y magnificado su santo nombre aquí y en toda la tierra, diciendo todos: *Dios ha visitado á su pueblo*<sup>1</sup>.

13. Y sobre todos los millares de bienes particulares, conceda el Señor á este pueblo en masa los dos mayores bienes en que puede cifrarse la felicidad del individuo y de la sociedad: *la paz y la justicia*... Sin la paz no hay que prometerse ningún género de bienestar, porque ella es el fundamento y la base de toda prosperidad y progreso; sin la justicia, la paz exterior no bastará para tranquilizar los corazones, llagados con el virus de la inmoralidad. Ellos dirán: *Tenemos paz, paz completa, inalterable*; pero en realidad no habrá paz verdadera y firme<sup>2</sup>. Porque la paz y la justicia andan juntas, según nos lo enseña en muchos pasajes la divina Escritura. *La justicia y la paz se dieron beso*<sup>3</sup> de fraternidad: *Gloria, honor y paz á todo el que obra bien*<sup>4</sup>. Y, notad bien la sabia enseñanza del Doctor de las Naciones: No consiste, dice, el reino de Dios (luego ni la felicidad, que es don del cielo) en la abundancia de bienes materiales, en festines y comilonas, *sino en poseer la justicia y la paz y el gozo en el Espíritu Santo*<sup>5</sup>. No hay contento verdadero en donde no reina la paz, y ésta huye del lugar donde no impera la justicia. Justicia, pues, en toda la extensión y vigor de esta palabra: en nuestras relaciones para con el Creador, á quien debemos de justicia amor,

<sup>1</sup> Luc. 1, 68.

<sup>2</sup> Jer. 6, 14.

<sup>3</sup> Ps. 84, 11.

<sup>4</sup> Rom. 2, 10.

<sup>5</sup> Rom. 14, 17.

reverencia y sumisión á sus leyes; con respecto á nosotros mismos, por lo que á Dios estamos obligados, en la práctica del bien y de la virtud, en la abstención rigurosa del desorden que nos priva de la felicidad temporal y de la eterna; y, más directamente, en lo que toca á nuestros semejantes y hermanos, equidad en nuestros tratos y contratos, verdad y no engaño en nuestras negociaciones, sinceridad y no mentira en nuestras palabras, respeto inviolable á los bienes de nuestro prójimo. ¡Ah! no se diga de nosotros con algún motivo lo que con toda verdad afirmaba el Apóstol, de los pueblos paganos: que estaban repletos de iniquidad, de avaricia, de fornicación, de envidia, de discordia, de engaño, de murmuración y de todo linaje de vicios nefandos<sup>1</sup>. Y la causa de estos desórdenes, funesta, no fué otra sino el haber abusado del conocimiento de Dios, porque, *habiéndole reconocido, no le glorificaron, desvanecidos con sus propias luces y gloriándose de los bienes recibidos*<sup>2</sup>.

14. ¡Aleje Dios de nosotros, mis queridos hermanos, tan negro porvenir! ¡Lejos de nuestros corazones la vanidad y la soberbia! ¡Bendigamos al Señor, y que el recuerdo de esta gran solemnidad religiosa y patriótica grave profundamente en nuestras almas el respeto á la ley santa de Dios y de su Iglesia, el amor y la confianza en Jesucristo, las máximas eternas de honestidad y de justicia, para que, testigos y cooperadores entusiastas del gran triunfo de nuestro Dios sacramentado, venga á nosotros su reino aquí en la tierra, y vayamos á compartir con él la eterna bienaventuranza de su reino perdurable allá en el cielo! Así sea.

<sup>1</sup> Rom. I, 29.

<sup>2</sup> Rom. I, 21.

## PRIMER PANEGÍRICO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la fiesta del Apostolado de la Oración, en Bogotá, 1895).

Habemus quid admiremur, habemus quid amemus, habemus quid imitemur.

Tenemos lo que hemos de admirar, tenemos lo que hemos de amar, tenemos lo que hemos de imitar.

S. Bern.

In ipso inhabitat plenitudo divinitatis corporaliter.

En él habita la plenitud de la divinidad corporalmente.

Col. 2, 9.

1. Ved aquí, mis amados hermanos, el gran día en que Jesucristo reúne á sus hijos en torno, no tanto para hablarles palabras de vida eterna, como para mostrarles bien al descubierto, herido y ardiendo en llamas misteriosas, su divino Corazón. «Mirad», les dice, «y ¿no os bastará mirar mi corazón para tornaros Apóstoles?» ¡Ah, qué lección tan objetiva! ¡qué palabra tan patética!

Miremos, hermanos míos, no ya precisamente el Corazón de un Dios-Hombre, océano de perfecciones, foco de luz en que más bien corre peligro de ofuscarse y quedar deslumbrada nuestra vista, sino solamente su reflejo en el corazón del hombre, tal como lo formó el Creador, tal como lo labra y abrillanta la virtud. ¡Qué maravillas no encierra un corazón! No digo precisamente ese órgano material del cuerpo humano, esa máquina prodigiosa que recoge y desparrama, purifica y envía, con la sangre, la vida animal hasta los puntos extremos del complicado organismo. Dejo á un lado, para la admiración del fisiólogo, el orden físico, y me contraigo al moral y filosófico, que es base del estético y místico.

2. Nada tan bello, nada tan fuerte y poderoso, nada tan eficaz y persuasivo como esa porción del ser inteligente y libre simbolizada por el órgano delicado y